

hacia una emoción superior, hacia la percepción de la dimensión épica que entraña el destino de Salvador Núñez, héroe anónimo de una gesta: la construcción del México posrevolucionario, hazaña colectiva en la cual tiene su parte –central– el temple tan frecuentemente olvidado de sus actores más modestos.

El Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en su área de Estudios Culturales, ha tenido el buen tino de apoyar la realización del video y de financiar una parte de su costo, mostrando una encomiable capacidad para detectar el talento de una prometedora realizadora. Con esta producción, Lourdes Roca ha completado la obtención de su grado académico de doctorado en Antropología por la ENAH, y el Instituto Mora ha inscrito al activo del equipo conformado en el seno de su proyecto de Historia Oral un nuevo éxito, dando un testimonio más del enriquecimiento que la producción audiovisual puede aportar a la tareas narrativas y analíticas del historiador. El poder de sugestión de la imagen, su fuerza asociativa, esa alquimia escurridiza que le brinda una capacidad de significación global, superior al total de sus partes, son la materia prima que Lourdes Roca se ha esforzado por poner al servicio de una convicción: la de la dignidad del trabajo y de los trabajadores. El feneciente siglo XX, que fue el de las revoluciones sociales, de las grandes conquistas obreras, del primer gran intento de organización de sociedades socialistas, de los triunfos tecnológicos de todo tipo, ha introducido en nuestras vidas una convivencia masiva y cotidiana con la imagen. A tra-

vés de la publicidad, del cine, de la televisión, nos hemos ido acostumbrando al poder documental de la imagen, a su impacto simbólico; la estamos prefiriendo más que a la lectura. La historia, con sus recursos testimoniales y analíticos, no podía ni debía quedarse ajena a su manejo. “Km. C-62” nos brinda un buen ejemplo de lo que puede ser el nuevo rostro de una disciplina muy antigua cuando ésta se remozca en un feliz encuentro con la antropología.

Nicole Giron  
INSTITUTO MORA

Valentina Torres Septién, *La educación privada en México, 1903-1976*, El Colegio de México/Universidad Iberoamericana, México, 1997, 436 pp.

Se puede decir que, hasta antes de la aparición del libro de Valentina Torres Septién, los estudios especializados en historia de la educación en México se habían ocupado del papel que había jugado el Estado como actor principal en la promoción y centralización de funciones educativas.<sup>1</sup> En estos enfoques, la educación privada ha sido una

<sup>1</sup> Entre algunas de las obras que historian la educación en el mismo periodo, pueden citarse: Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el porfiriato*, El Colegio de México, México, 1995, y Mary Kay Vaughanman, *Estado, clases y educación*, Secretaría de Educación Pública, México, 1982, t. 1 (Sep/80).

referencia marginal o simplemente otro rubro dentro del ámbito educativo que se sabía que existía, pero que no se conocía cómo funcionaba, quiénes eran los actores principales y cómo se había presentado históricamente. *La educación privada en México, 1903-1976*, trata de cubrir —cabe decir con mucho éxito— este hueco en la historiografía contemporánea.

Pese a la magnitud de la tarea, la autora ordena, le da forma y hace congruente para el lector un proceso histórico de 73 años, en el cual una visión diferente y alternativa de país, escuela y comunidad se proyecta a través de la educación particular. Para empezar, Torres Septién define la educación privada en contraposición con la oficial como aquella que no difiere tanto en el programa de estudios ni siquiera por la posibilidad de cobrar cuotas, sino por la impartición de una serie de enseñanzas adicionales que se vinculan con el sector social al cual están dirigidas. La educación particular es para la autora, aquella que es impartida por entidades distintas a la oficial con objetivos adicionales propios. Llama la atención que la definición esté en función del valor agregado implícito en los contenidos educativos, lo que a su vez plantea una relación directa con ciertas expectativas de algunos grupos sociales y comunitarios. Estos referentes, a mi parecer, habría que definirlos históricamente, más allá de la oferta educativa que presentaban los sectores interesados.

La autora privilegia el estudio de los colegios católicos por la larga tradición dentro de la educación nacional y porque a través de ellos se puede per-

cibir la relación Iglesia-Estado. Parte de la hipótesis de que “los límites impuestos a la acción educativa de la Iglesia, promovieron una escuela que, aunque inscrita dentro del proyecto oficial educativo laico, luchó por conservar los objetivos religiosos que le dieron origen”. Las escuelas confesionales, para Torres Septién, tendrían la función social de reproducir la integración de ciertos grupos sociales específicos, formar cuadros, innovar los métodos pedagógicos y canalizar recursos adicionales a los oficiales para aliviar el problema presupuestal. Históricamente, la escuela particular se definió como una opción a la escuela estatal, donde las políticas oficiales pueden ser cuestionadas y aun combatidas.

El libro está dividido en dos grandes apartados; el primero, plantea un análisis cronológico y, el segundo, muestra una aproximación de los actores que tomaron parte en ese proceso. El difícil acceso a la información que permitiera la reconstrucción de este espacio educativo hizo que la autora recurriera a fuentes tales como folletos religiosos, libros de texto de las escuelas particulares, historias de órdenes religiosos, periódicos y revistas confesionales.

En el amplio recorrido cronológico, la autora muestra cómo la relación Iglesia-Estado se modificó en función de la participación de este último en el ámbito educativo. Si se me permite hacer una simplificación, podría decirse que mientras mayor era la toma de control de la educación por parte del Estado, la Iglesia ofreció una reacción de la misma magnitud, pero en sentido contrario para mantener sus intere-

ses en materia educativa. Dicha actuación involucró la formación de grupos de presión que partieron desde la sociedad y que ayudaron en el cometido. Torres Septién aclara que la participación de la Unión Nacional de Padres de Familia (UNPF) —uno de los principales grupos de presión—, si bien tenía una ascendencia paracleresial, muchas veces actuó de manera autónoma y más radical que la Iglesia misma. La autora nos lleva a comprender que la actuación reactiva de la Iglesia frente al Estado no estuvo desprovista de influencias desde el Vaticano, que incorporaron una autocrítica a la misma actuación de la Iglesia como institución, lo que le permitió hacer nuevas propuestas educativas hacia los años setenta. En mi opinión, el libro tiene el acierto de presentar, en una escala *macro*, a la educación particular confesional como una arena de negociación no exenta de conflicto que se maneja o resuelve en las altas esferas políticas en el país.

En la segunda parte del libro, la mirada introspectiva hacia el interior de las escuelas católicas nos presenta una colección de programas, métodos educativos, formación de maestros y la ubicación de los planteles. Torres Septién analiza los contenidos educativos de los textos y hace énfasis en la importancia de los mismos en la formación de pensamientos y actitudes. Proble-

mas como la falta crónica de personal docente o la laicización de la sociedad presentaron ciertos retos que la Iglesia misma, en su autocrítica, ha replanteado en su papel docente. El escenario que ofrece el libro permite entrever la escuela confesional, casi como un mundo escolar paralelo, que se convirtió en un espacio autónomo con su propio ritmo, que trabajó según las vicisitudes políticas y que a veces pudo operar incluso bajo el clandestinaje. Aunque el objetivo de la autora es presentar a la educación católica como un grupo que no es monolítico, se puede inferir que los establecimientos están dirigidos a sectores urbanos privilegiados. Hubiera sido interesante relacionar cómo influye el movimiento de la ciudad con las instituciones educativas privadas y trabajar más en el aspecto urbano de las mismas.

Por último, la aportación de Valentina Torres Septién fue no sólo tratar un tema que había sido relegado en la historiografía, sino abrir a la discusión un mundo educativo paralelo y autónomo que se desconocía y hacerlo coherente al lector. Es indudable que sus hallazgos pueden constituir, para los interesados en el tema de la historia de la educación, una fuente muy importante.

Ma. Eugenia Chaoul Pereyra  
INSTITUTO MORA